

Las aventuras de Fosforito

por LUIS BARZINI

CAPITULO I

*En el que se asiste á la inesperada súplica de un fósforo de palo*

No contéis á nadie lo que voy á referiros. Los tontos no lo creerían, y como son tan numerosos, pasaría yo por el mayor embustero del mundo. Por lo tanto, os recomiendo silencio.

Una vez me hallaba en el Japón, en una ciudad que se llama Takashima. Llovía á cántaros y como no podía pasear por las calles, adornadas con farolitos y banderolas, ni por los jardines, llenos de flores, estaba recluso en una habitación, sentado en el suelo, porque en el Japón no se usan las sillas, y me aburría soberanamente. Bostezaba como un perro alrededor del fuego. Para engañar á laburrimiento se me ocurrió la idea de revolver los rincones de la habitación, esperando encontrar alguna cosa que me distrajera. Pero después de escudriñar por todas partes, no encontré más que una caja de fósforos de palo, japoneses, encerrada en un cajón.

A falta de algo mejor, también los fósforos sirven para pasar el rato, pues sabiéndolos disponer puede formarse con ellos una cantidad de dibujos variados é interesantes.

Sin embargo, en la caja no había más que tres fósforos y ya comprenderéis que con sólo tres fósforos, por ingenio que tenga un hombre, no puede hacer más que un triángulo, que es la figura más modesta de la geometría. Entonces resolví fabricar un hombrecito.

En ese juego viejo que aprendí hace muchos años, cuando iba al colegio y llevaba pantalón corto y los bolsillos llenos de bolitas, plumas de escribir, botones, trozos de piola y otras cosas preciosas entre las cuales figuraba de cuando en cuando algún fósforo. Con un poco de paciencia y un poco de hilo, ataba á uno de éstos brazos y piernas y lo transformaba así en un delgado personaje, que á mí me parecía hermosísimo.

Me puse, pues, á trabajar y en un cuarto de hora los tres fósforos japoneses habían tomado la forma del flaco personaje. Y os juro que aún me pareció muy lindo. Tenía un aspecto descarado, con los brazos abiertos y las piernas en forma de compás. Parecía hallarse en una actitud de espadachín. Le hice adoptar un ademán más tranquilo y correcto, lo senté sobre su caja y empecé á hablarle:

—Buenos días, Fosforito. ¿Cómo te va?

Os asombrará que un hombre de cierta edad se

entretenga aún en semejantes juegos; pero debéis saber que un hombre es siempre un pobre niño cuando está solo y se aburre: si pudiérais escudriñar los papeles de ilustres sabios y célebres escritores, hallaríais las mismas figuritas y los mismos garabatos que los niños dibujan en sus cuadernos cuando no tienen ganas de hacer el deber.

Fosforito, como es natural, acogió mi saludo con un digno silencio. Cuando yo era pequeño y hablaba con mis juguetes, inventaba también sus contestaciones, y así podía mantener con ellos largas é animadas discusiones; pero ahora mi fantasía se ha agotado. Después de un momento, aquel hombrecillo volvió á ser ante mis ojos un simple fósforo y pensé hacer de él el uso acostumbrado.

Me puse un cigarrillo en los labios, y, extendiendo la mano, le dije:

—Querido Fosforito, ahora te voy á quemar la cabeza y...

La frase quedó interrumpida. El hombrecito se había movido. No es engaño: había caído de rodillas y en ademán de súplica, como si, en realidad, fuese una persona.

Sorprendido, lo miré atentamente por todas partes, buscando la explicación del fenómeno. Había construído muchos monigotes como aquel; pero no recordaba haberlos visto moverse por sí solos. Miré si por casualidad había algún hilo invisible que hubiera yo tocado sin percibirme. No encontré nada. Pero el hombrecito permanecía tan inmóvil en su nueva posición, que pronto me tranquilicé. Supuse que alguna trepidación del pavimento lo había hecho caer de la caja. ¡Era tan delgado y tan ligero el pobrecito!...

Lo volví á sentar y lo observé de cerca.

Entonces, después de un instante, vi clara y distintamente que se movía. Durante algunos minutos tuvo pequeños sobresaltos apenas visibles. Luego extendió sus diminutos bracitos y se puso de pie con mucha lentitud. Y oí una voz sutil que parecía proceder de él; pero tan sutil, que el canto del grillo parecía á su lado el sonido de un trombón.

CAPITULO II

*Que narra las primeras pruebas de Fosforito*

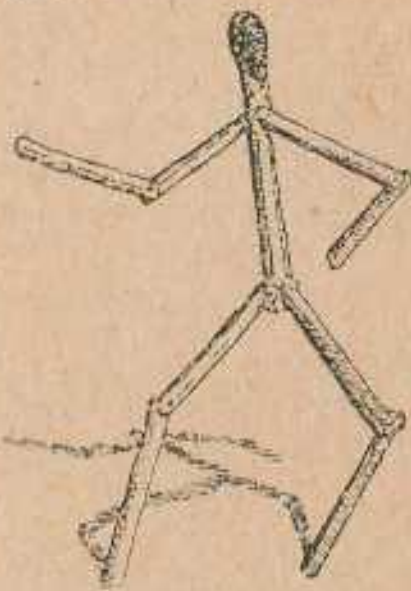
Me incliné hasta tocarlo casi con mi oído, é inseguro aún, le pregunté:

—Eres tú el que ha hablado?

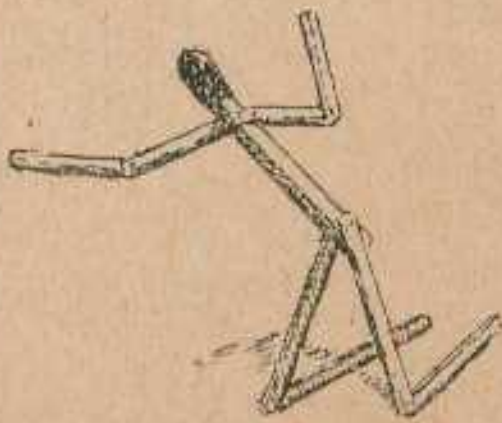
—Sí—me contestó con su vocecilla, que no era más fuerte que el zumbido de una mosca.

—¿Eres tú?—insistí.

—Sí. ¡He tenido un mie-



Parecía hallarse en una actitud de espadachín



Había caído de rodillas